

los tratamientos, el problema se complica y se hace más imperioso. Mientras no se sepa dónde está oculto el parásito y cuál es el misterio de su invisibilidad, no se podrá descubrir una droga que le ataque en esa fase y sirva para la profilaxis causal del paludismo, o sea la prevención de que los parásitos lleguen a penetrar en los glóbulos rojos de la sangre.

El misterio ha sido resuelto en parte, y en ciertos animales, por un inglés, Davey, y dos norteamericanos, Coulston y Huff, en el paludismo de los lagartos, polluelos y canarios. Inyectando las glándulas salivares —repletas de parásitos palúdicos— de 300 mosquitos, en la piel del ala de un canario o polluelo, observaron que los esporozoítos penetraban a la media hora de circular por la sangre, en las delicadas células endoteliales que revisten los capilares del hígado, bazo y médula ósea, donde se transformaban en unas formas raras, que llamaron criptozoítos, para desde allí metamorfosearse otra vez al cabo de una semana en los esporozoítos invasores de la sangre. Pero en el hombre todavía no ha sido posible ver si este proceso es similar, y aún los parásitos palúdicos siguen invisibles para el ojo humano durante la misteriosa semana que pasan en su escondrijo orgánico. Pasados esos 6 u 8 días, termina el sueño parasitario y la infección reverdece.

El problema de la invisible fase oculta, tisular, de los parásitos palúdicos, previa a su invasión de los glóbulos rojos humanos, el séptimo secreto del paludismo, va a ser uno de los principales temas a debatir en el próximo Congreso. Confiamos que juntos, los caballeros Galahad de la Medicina Tropical lleguen a desbrozar su camino hacia la luz, a través de las oscuras selvas microscópicas pobladas de gérmenes y palpitanes de misterio.

II

El Velo se Descorre

Por el Dr. FELIX MARTI IBANEZ

Hace unas semanas que un inglés que parece escapado de un cuento de Somerset Maugham, de cara a grandes planos, canoso, los ojos como dos uvas pasadas y que anda tan erguido como sólo saben hacerlo los hombres pequeños, ha descifrado el séptimo secreto de la esfinge del paludismo.

Yo le escuché, cuando ante los médicos reunidos en el IV Congreso de Paludismo y Enfermedades Tropicales en Washington el Coronel H. E. Shortt le arrancó a Isis su último velo, al anunciar cuál era el

escondrijo del parásito palúdico en su primera semana de ataque al cuerpo humano.

Hace unas semanas, que en otra crónica, profeticé la solución de séptimo misterio del paludismo en este gran Congreso celebrado. Acudieron a Washington más de mil trescientos médicos desde toda la redondez del planeta. Pasearon primero por la ciudad de pura y clásica arquitectura que es una Atenas de Pericles reconstruida en el siglo XX con amables parques de sombríos verdores y anchas avenidas. Como en 1816 dijera el ministro portugués Abbé Carrea, es una "ciudad de magníficas distancias" que convierten el simple acto de pasear en un verdadero Maratón. Los médicos visitantes recorrieron durante un domingo la ciudad inflamada de sol, en la que cada gran edificio blanco era en la distancia un pisapapeles de mármol puesto allí para que el paisaje no se echara a volar por el aire. Contemplaron las riberas del Potomac y las románticas colinas de Virginia y se pasmaron ante la Casa Blanca, blanca y sola en su jardín bajo el plateado claror de la luna, como una princesa reclinada en espera de su paje. El lunes por la mañana en el gran Interdepartmental Auditorium, unas dos mil personas escucharon las oraciones inaugurales, saludaron las banderas de cuarenta y tres naciones entrelazadas en abanico de universal fraternidad, aplaudieron el discurso de Marshall — rostro y parla de noble sencillez campesina. —Y por la tarde iniciaron las tareas.

El Coronel H. E. Shortt, un inglés vestido con gran desaliño, la voz tan cansada como clara la idea, leyó un trabajo con un título estremecedoramente científico: "El ciclo preeritrocítico del *Plasmodium cynomolgi*". Para un oyente profano la disertación del Dr. Shortt sería solamente una letanía médica tan incrustada de nombres latinos como un pastel británico de Navidad lo está de pasas. Más en los veinte minutos de su charla, el orador descubrió el último secreto del paludismo y dejó tiritando en su desnudez una nueva y trascendental verdad científica.

Recordaba yo en mi otro artículo, que hace más de 40 años un gran investigador médico, Schaudinn, cometió el fabuloso error de creer que había visto a los parásitos (esporozoitos) palúdicos penetrar directamente en los glóbulos rojos de la sangre y sus afirmaciones se aceptaron como artículo de fe durante mucho tiempo. Más tarde, se observó que después de la picadura del mosquito palúdico el individuo picado seguía normal durante 6 a 8 días, no conteniendo su sangre parásitos palúdicos durante dicho plazo ni siendo contagiante.

(Concluirá en el próximo número).